



En primer término, a la izquierda, Daniel Cejalvo, en el Dance de las espadas. VÍCTOR IBÁÑEZ

Una mañana de dance

6:30 a.m. ¡Por fin es día 10! Llevo ya rato esperando a que sonase el despertador, hoy es un día largo y no quiero levantarme antes de hora. De camino al cuarto de baño, paso por la habitación en la que están, sobre dos sillas, mi traje y el del pequeño Óscar (¡que va a estar tremendo!). Begoña, mi mujer, lo ha preparado todo con trabajo e ilusión, pues si mucho vivo yo nuestras fiestas, no menos las vive ella.

Mientras me afeito, una secuencia de imágenes vienen a mi cabeza, recuerdos de años anteriores, en especial del primer año. Recuerdo cómo mi madre, quien quizá no me enseñó a bailar pero sí a sentir el dance, se

las ingenió para que todo saliese perfecto. Su forma de celebrar las fiestas, disfrutando y haciendo disfrutar a los de alrededor, es un modelo que intento seguir. Fue ella la que me hizo gran parte del traje que llevo para bailar.

También otras personas han puesto su granito de arena y a las cuáles debo estar agradecido: a mi cuñada Sole por estas bonitas y trabajosas zapatillas, a Luisa por ponerme a punto los pantalones, a Víctor por hacerme los palos en horas extraordinarias, a Rubén por dejarme una espada centenaria y a Estirpe de Aragonía por regalarme la espada con la que hoy voy a bailar.

Una vez vestido y bien sujeto todo, me coloco un ramico de albahaca detrás de la oreja. Me la trae todos los años mi amigo David recién cogida de su huerta.

¡Ahora sí! Ya estoy listo para reunirme con mis tíos, mi primo y los Niños en la esquina de la calle Goya y dirigirnos a la plaza. Felicito a los dos Lorenzos, en especial a mi tío que fue el que me dejó el puesto. Quizás haya dejado de bailar pero siempre será danzante.

Por fin llegamos a la plaza de San Lorenzo. Aquí nos encontramos con numerosos peñistas que aplauden nuestra llegada. Han aguantado largas horas de espera para ver y escuchar de nuevo el dance de Huesca, nuestro dance. Hace sólo ocho años, yo estaba sentado con ellos y sé lo larga que se hace la espera, por eso quiero agradecer a todos los que están en la plaza, el que quieran compartir esta especial mañana con los que tenemos el privilegio de bailar.

Haciéndonos paso entre la multitud, entramos en la botería, donde nos reunimos con los demás bailarines de la agrupación y esperamos que llegue el momento.

¡Es la hora! Pascual, nuestro mayoral, nos conduce a formar los cuadros. Un sonido de bombo y... ¡comienzan las primeras espadas! La gente acompaña con palmas, poco a poco los ner-

vios van desapareciendo y dan paso a un sentir difícil de explicar que nos acompañará durante toda la mañana.

Tras realizar todos los dances en la plaza, partimos en la procesión con el dance de espadas. Muchos son los momentos que merecen la pena durante el recorrido, pero sin duda el mejor, la entrada a la basílica. Cuando ya estamos todos los cuadros en el interior, las palmas de la gente suenan tanto fuerte, que superan los acordes de la banda, demostrando de este modo, el sentir de una ciudad el día grande de su fiesta.

Al finalizar la mañana llego a casa con los gemelos doloridos, pero contento de haber podido bailar un año más y sobre todo orgulloso de vivir en una ciudad en la que se puede disfrutar tanto en una sola mañana.

¡Viva San Lorenzo!

Daniel CEJALVO ARA
Danzante de Huesca